

Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 9

La universidad



Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 9

La universidad



Sin detenerse a preguntarse a qué se debe que los guardias hayan dejado de perseguirle y dispararle, Silvestre sigue corriendo detrás de Basilia. Ella se dirige sin dudar hacia el batisterio, abre la pequeña puerta de madera y sale al exterior seguida de Silvestrín, que ha mantenido en todo momento el estuche de los termómetros firmemente agarrado. Se repone de la intensa emoción vivida y repara entonces Silvestrín en que Basilia se encuentra junto al pequeño seiscientos y que está acompañada de un tipo bajo y malencarado que le mira con

cara de muy pocos amigos.

– Tranquilo Maxi –le dice Basilia al tipo cejijunto–, éste no es un cura de verdad, es mi colega Silvestre Panador, un estudiante de físicas. –El calificativo de colega por parte de su amada deja algo compungido a Silvestrín, que hubiera preferido el calificativo de amigo, o mejor, de profesor, pero su amor propio pronto se recupera–. Te presento a Maximino Tauro, un camarada –añade ella enigmática dirigiéndose a Silvestrín. Chocan sus manos y Silvestrín nota las callosidades en las manos del trabajador manual.

El tipo achaparrado no parece muy convencido de que Silvestrín no sea un cura, pues le mira de hito en hito con cara de duda.

– Aquí ya no hay nada que hacer –dice Basilia dirigiéndose a Maximino–. A partir de ahora habrá que buscar otro sitio para esconder la propaganda del partido –añade ella ante la cara de sorpresa de Silvestrín–. Lástima, pues este era un escondrijo magnífico, libre de toda sospecha.

Pero Silvestrín se muestra nervioso e impaciente por seguir tras la pista de sus termómetros y Basilia sabe que es el momento de partir tras el cura Cinazo. Indica a Tauro que intente llegar a Francia, pues una vez que el obispado ya no le avala en sus trabajos como yesista, lo más probable es que le vuelvan a enviar a El Dueso. Así lo hace éste, mientras se despide de ambos levantando el puño de la mano derecha y gritando quedamente: ¡Salud, camaradas!, nueva y enigmática frase para Silvestrín. Le hace Basilia un gesto y éste sube al seiscientos, que rodea la iglesia y sale en dirección a Novales. En el campanario de la iglesia, los guardias empiezan a impacientarse, pues el arrebató místico de Decafónico no tiene pinta de ceder, tan arrepentido está el cabo de haber intentado asesinar a un santo volador.

Mientras abandonan Novales, atravesando un laberinto de muros y casas, y suben la serpenteante carretera que les lleva hasta Cóbreces, le relata Basilia a Silvestrín la historia de Cinazo y Tauro.

– El cura Cinazo –dice Basilia sin quitar la vista de la carretera, pues las curvas son muy cerradas– es hijo natural, y único, del último conde de Tangle, Miguel de Tomás Güebos y de una vaquera de Hinojosa que pasaba por allí un día que el conde tuvo un mal momento. El padre no le ha reconocido ante la ley, pero le ha asignado una cantidad anual de veinte mil duros si le promete seguir de cura el resto de su vida. Pero lo ha hecho con una condición –añade Basilia con un punto de intriga y mirando de soslayo a Silvestrín–. Que todos los años por esta fecha haga una misa en honor de San Miguel y que

asistan todos los habitantes del lugar.

La condición le parece una estupidez a Silvestrín, pero no quiere interrumpir con sus comentarios el interesante relato, que brotando de los dulces labios de su amada le parece una historia bíblica.

– Así que todos los años Cinazo se las tiene que ingeniar para convencer a los lugareños para que asistan a su misa. Pero como éstos ya conocen la historia, exigen a su vez que se les pague por asistir. El comandante del puesto de la guardia civil levanta acta y el conde le paga. Pero Cinazo es un manirroto, un bebedor, un putero y un jugador compulsivo –añade Basilia sin dar mucha importancia a la retahíla de epítetos que ha dedicado al cura–, y como con esa asignación no le llega para sus muchos gastos, decidió enajenar el retablo por unos cuantos duros. Se puso en contacto con el obispo Cipriano, que es quien centraliza estos negocios de enajenación del patrimonio en la diócesis, y entre los dos cerraron la venta con el marqués de Sotogrande que a su vez se lo ha vendido a unos norteamericanos por dos millones de pesetas. Maximino puede ser pequeño, pero es capaz de enterarse de todo –añade Basilia–. Parte de la policía social está metida en el negocio, por lo que nunca aparecían por aquí y la iglesia era un lugar excelente para guardar la propaganda del partido.

El alma de Silvestrín se debate inquieta, pero decide dejar para más adelante decidir entre su amor a Basilia y su respeto al régimen, encarnado tanto en el obispo como en su policía política.

–¿Y el gitano? –acierta a preguntar Silvestrín intentando cambiar de tema sin que se note mucho.

– El gitano fue quien desmontó el retablo y se lo llevó bien embalado al marqués hasta Madrid. Alguien... le sopló el negocio a la guardia civil y el gitano tuvo que pagar algunos derechos de aduana. –Por la forma de decirlo, sonriendo enigmática, es evidente para Silvestrín que ella misma o el obrero Maximino fueron quienes dieron el soplo–. Un buen negocio donde todos ganan. O eso pensaban –añade Basilia pensando en el gitano yacente.

Medita Silvestrín sobre la fragilidad y variedad de la condición humana y sus muchas debilidades, pero Basilia no ha concluido todavía.

– Y como no podían dejar el hueco del retablo vacío sin dar el cante, al obispo se le ocurrió que podían utilizar los buenos oficios de Maximino, encerrado en El Dueso por propaganda comunista. Así que durante un año, el bueno de Tauro ha estado reproduciendo el retablo de nogal en yeso y purpurina y por un sueldo miserable. Pero

se ha tomado oportuna venganza, como hemos podido comprobar –añade ella triunfadora–.

Se malicia Silvestrín sobre cómo sabe Basilia tantas cosas de comunistas, pero, no queriendo romper su encantamiento amoroso, no osa preguntárselo. Y nada más terminar de subir una cuesta después de esta animada conversación, en el paisaje verde se alzan unas siluetas neogóticas.

Basilia le observa y sonríe mientras atraviesan la tierra de Cóbrecas –localidad famosa por sus quesos artesanales elaborados por frailescas manos y por su monasterio cisterciense–, a toda velocidad, saludados con calor por algunos amables lugareños que gesticulan en su dirección mientras algunas gallinas con pocos reflejos levantan el vuelo con revuelo de plumas.

La felicidad de Silvestrín sería ahora completa si consiguiera pronto recuperar sus últimos termómetros. Y entonces se da cuenta de que con su proceder inconsciente está poniendo en grave peligro la vida de su amada. Que él se enfrente a los taimados emisarios del nuncio, que roban y trafican con termómetros y obras de arte, es una cosa y otra muy diferente es que se ponga en peligro la vida de Basilia en esta desigual batalla. Así que toma la firme decisión de obligarla a volver bajo la protección paterna una vez hayan llegado a Comillas, dejándole a él y a sus termómetros entregados a la suerte que la providencia tenga a bien depararles.

– Nada más llegar a Comillas te agradecería que volvieras a Santillana, a la seguridad de tu hogar –dice con tono pedante Silvestrín mientras atraviesan Casasola, paraje desierto que hace honor a su nombre–. Esta misión puede ser muy peligrosa y no quisiera por nada del mundo que algo, tiemblo sólo de pensarlo, te ocurriera. No me lo perdonaría nunca –añade él en tono dramático y un poco cursi, tal y como ha visto hacer en muchas películas en las que su madre termina llorando.

– ¡Eso ni pensarlo, camarada! –responde ella con una terminología que Silvestrín reconoce como claramente comunistoide y sin mirarle a la cara, atenta a dirigirse hacia la playa al llegar a Comillas–. El interés de la causa del proletariado concienciado políticamente exige golpear sin piedad a la jeraquía eclesiástica católica romana, clerical, vaticana y meapilas allá donde se encuentre, tal y como el camarada Lenin, implacable con popes barbudos y ortodoxos, nos ha enseñado. Y si lo que me has dicho del nuncio del Papa es cierto, éste es el momento oportuno para conseguirlo –añade ella ante el gesto horror-

izado de él.

Este directo lenguaje bolchevique, de inequívoco sentido anticlerical, en los dulces labios de su amada le deja, por decirlo de alguna manera, con el corazón encogido y se mantiene mudo. El contraste entre la dulce faz de Basilia y la determinación que destilan sus palabras, sobrecoge a Silvestrín. Bien sabe Silvestrín que en la atea Rusia hay mejores institutos de física que en la católica España y, de repente, éste se le aparece como un argumento muy interesante a la hora de considerar el punto de vista de Basilia.

– Tú como científico deberías saber de los vicios antirracionalistas del clero, que tiene sumido a este país en la oscura noche de la ignorancia. –dice Basilia como si le leyera el pensamiento–. Eso por no hablar de que la canalla clerical, siempre al lado del opresor, tú mismo acabas de tener ocasión de verlo, sirve de coartada al régimen franquista para mantener a la clase obrera subyugada –dice Basilia, en una frase que le recuerda a Silvestrín aquella vez que intentando sintonizar Radio Madrid se encontró con Radio España Independiente, estación Pirenaica, en una frecuencia en la que habitualmente salía un pitido, pero que aquel día pudo escucharse perfectamente. Como al principio pensó que era la radio que buscaba, no reparó en el lenguaje subversivo, pero los continuos ataques con lenguaje soez a la figura del Caudillo enseguida le sacaron de su error, lo que de haber sucedido unos segundos antes le habría ahorrado el sopapo que le propinó su padre. “Te tengo dicho mil veces que no escuches la emisora comunista”, le espetó sin darle tiempo a explicarse. Desde entonces había tenido curiosidad y ganas Silvestrín de sortear la rígida disciplina patriarcal y volver a escuchar a los subversivos.

Y ahora se encontraba con que su amada profería esas palabras de grueso calibre contra el régimen del Caudillo y el colectivo episcopal que le apoyaba. La imagen del comunista cejijunto y malencarado que le han presentado siempre mal casa con el angelical e inocente rostro de su amada Basilia. Empieza a sospechar que alguien le ha estado mintiendo sobre los comunistas todo este tiempo.

– Este régimen podrido y corrupto no va a durar mucho –añade ella mientras atraviesan un pequeño puente sobre el mar–. La Huelga General Política organizada bajo la férrea dirección y claro liderazgo del Partido Comunista de España hará que caiga por los suelos y que se instale un gobierno de concentración nacional que traiga la democracia a éste país –concluye Basilia con gran firmeza y confianza.

La intensa emoción que le embarga al ver los dulces labios de su

amada profiriendo semejantes consignas, le recuerda a algunos subversivos profesores que han tenido que ser expulsados de la universidad por sus actividades contra el régimen. Por su culpa algunas de las universidades nacionales más prestigiosas han tenido que ser clausuradas. Suerte, pensaba hasta ahora Silvestrín, que la suya es un remanso de paz y devoción patrias. Mientras su mente se debate, un sofoco se le viene y otro se le va a Silvestrín. Pero de repente, como en una revelación –la imagen de Saulo saltando del caballo y dándose de morros como Paulo contra el pavimentado camino de Damasco, en un cambio de nombre realmente rápido, le viene a la cabeza–, sabe con certeza que si tiene que elegir entre Basilia y el Caudillo y su régimen se queda con Basilia, que dónde va a parar.

Esta decisión le tranquiliza, de momento, cuando se da cuenta de que ya están en la playa de Comillas. Repara entonces en que en realidad no sabe en qué lugar del pueblo tendrá lugar la reunión del nuncio con sus curas portadores de termómetros robados. Pero, ante su sorpresa, Basilia no cesa en mantener la impresionante velocidad de crucero de su máquina.

– ¿A dónde nos dirigimos? –pregunta más interesado que sorprendido, viendo la clara determinación de ella por seguir adelante.

– ¡Pues a la Universidad Pontificia! ¿Dónde crees que se se van a reunir el nuncio vaticano y sus secuaces ensotanados si no es en ese baluarte del integrismo y la mixtificación arquitectónica que es su Universidad Vaticana?

La lógica implacable de Basilia desarma a Silvestrín, quien tiene que admitir que ese es el lugar más razonable para la reunión de los clérigos. Gira ella rodeando el monumento erigido en honor del marqués de Comillas, gran organizador de viajes entre África y Cuba para gente de piel morena con ganas de ver mundo y que gustaba de intercambiar trabajo mal pagado por los buenos beneficios espirituales de la verdadera fe católica.

Colocada en alta explanada, dominando desde el poniente la villa, las torres de un impresionante edificio rojo se recortan contra el cielo azul. Giran a la derecha, atraviesan un arco en ladrillo que da entrada a la universidad y ascienden la empinada cuesta, con más curvas que una sierpe enrollada, que con un seto de arbustos y grandes árboles a los lados conduce hasta el neogótico edificio de ladrillo y piedra, *alma mater* del saber católico y de la ciencia vaticana –y valga el oxímoron, dice Basilia jocosa mientras el coche asciende por la cuesta, sin que Silvestrín reconozca la extraña palabra que ella ha utilizado–.

Nada más llegar a la explanada, ven aparcado el milquinientos del cura al que han venido siguiendo. Con gran habilidad, Basilia se desvía hacia la derecha, por un pequeño camino que da a la parte de atrás del edificio, entra en un amplio espacio que debe servir a los futuros legionarios de Cristo para dar rienda suelta a sus naturales fogosidades proporcionando patadas a balones, pues hay allí varias porterías de fútbol enfrentadas, gira en redondo con un chirriante ruido de gravilla y neumático quemado, y coloca el coche enfilando la salida.

– Si tenemos que salir rápidos hay que evitar perder tiempo y tener el coche preparado –dice ella con lo que a Silvestrín le parece una pericia de agente secreto curtido en peligrosas misiones. El pensamiento del temible kagebé ruso y sus implacables y crueles agentes, tanto masculinos como femeninos, capaces de cualquier iniquidad para extender el comunismo entre las naciones cristianas, viene incontenible a su mente.

Pero en cuanto salta Basilia de su asiento con grácil revoloteo de la falda y mostrando gran parte del interior de sus dorados muslos, Silvestrín desecha esta idea como interesada propaganda del ministerio del vicealmirante Carrero, sátrapa él mismo del dictador y lacayo del capitalismo, pensamiento éste que desconcierta por completo a Silvestrín y que le hace meditar sobre los perturbadores efectos que sobre su intelecto produce la íntima visión de su amada Basilia. Al salir del coche comprueba que se encuentran en lo alto de una colina desde la que se divisa el mar Cantábrico en toda su magnificencia. A la derecha del edificio de ladrillo, un imponente edificio de color gris se eleva más de cinco pisos hasta casi alcanzar el cielo, cual torre de Babel avanzando hacia el mar, toda ella ajado monumento a la otrora imparable y ahora muy debilitada pujanza de la católica fe.

Consulta Silvestrín su reloj Omega y comprueba que son ya cerca de las cinco, hora anunciada por el cura orondo de la reunión del nuncio con su legión de curas.

– Debemos darnos prisa –dice Silvestrín a Basilia con aprensión llorica mientras ésta, con su pelo suavemente batido por el viento que lo arremolina en su rostro dándole misterioso aire de mujer y la falda mecida por la brisa y arremolinada entre sus muslos, observa el edificio con frialdad de experta calculando cuál puede ser el mejor sitio para acceder a su interior–, la reunión debe estar a punto de empezar.

La fría y límpida mirada que ella le devuelve con sus ojos azules

le producen un escalofrío. La límpida hermosura de su amada le sobrecoge y tiembla de pensar que pueda estar en peligro. Pero la sonrisa que ilumina entonces su hermoso rostro y su gesto resuelto le devuelve la confinza a Silvestrín.

– No te preocupes –responde muy segura ella–, casi con certeza que empezarán quince minutos después de la hora prevista. –Lo que, una vez más, debe admitir Silvestrín que es cierto a pesar del contenido difamatorio que para el carácter nacional parece contener esa observación–. En España, sólo las reuniones del partido empiezan con puntualidad prusiana –sentencia muy seria Basilia.

Puesto que la parte trasera presenta dificultades de acceso al interior del vistoso edificio de estilo mudejar, concluye Basilia, se dirigen a la parte delantera del mismo, ella abriendo la marcha y siguiéndola él muy de cerca, bebiendo su suave perfume de lilas traído por el viento y apreciando la firme, y a la vez delicada, robusted de sus caderas, muslos y pantorrillas, junto con unos graciosos calcetines blancos calados que envuelven sus pies, que a su vez se alojan en unas zapatillas blancas de tenis.

Un cuidado jardín, con versallescos dibujos y motivos florales, y una fila de lánguidas acacias, ocupa todo el frontal del edificio. La entrada principal, una enorme puerta cubierta de una chapa de cobre con decorativas filigranas, a la que los años y la intemperie han cubierto de una pátina verdosa y mate, y con estatuas de seis virtudes no teologales –largueza, castidad, paciencia, diligencia (ésta, una robusta joven manejando un martillo contra un yunque), caridad y templanza, cada una de ellas con un animalito a los pies– a ambos lados –pues las teologales las llevan los estudiantes en su interior, mientras que éstas hay que recordárselas todos los días, especialmente la castidad–, se encuentra cerrada a cal y canto. Las ventanas del piso inferior se encuentran dotadas de simples pero efectivas medidas de seguridad, pues gruesos barrotes protegen todas ellas contra asaltos externos.

Elevando la vista se observa que en el último piso del edificio, en el alfeizar de un amplio ventanal, justo debajo de un reloj que se detuvo hace muchos años en las dos y veinte, ondean tres banderas. En el centro, y por encima de las otras dos, ondea orgullosa la bandera blanca y amarilla del Vaticano, mientras a su izquierda se encuentra la enseña roja y gualda nacional, lo que no deja de observar con notable disgusto Silvestrín. A su derecha, la bandera de la universidad, luce ajada y poco gallarda.

Cuando la desesperación está a punto de hacer mella en Silvestrín, que no ve manera de acceder al interior de la universidad que encierra, cual cruel mazmorra, sus termómetros, el ojo felino de Basilia descubre que en el primer piso, justo al lado de uno de los tubos de desagüe de los canalones del tejado hay una ventana oportunamente abierta. Da un codazo a Silvestrín en el brazo para indicárselo –notando con sorpresa cómo los firmes bíceps de éste responden tensándose– y por gestos le indica que deben intentar trepar hasta la ventana por el canalón para así ganar el interior. Silvestrín, con cierta tendencia al vértigo, duda un instante. Pero en cuanto observa a una decidida Basilia que empieza a trepar canalón arriba, a la vez que imprime gráciles movimientos oscilantes a su cimbreante grupa que hacen oscilar graciosamente su faldita, Silvestrín no duda que debe seguirla a cualquier precio.

Asegura el estuche de los termómetros entre la botonadura de la sotana, sube el marco con la fotografía de Basilia que todavía porta, y se dispone a trepar a su vez. La increíble agilidad de Basilia para ascender por el estrecho tubo le tiene sorprendido, sorpresa que da lugar a un conato de caída al vacío cuando en una comprensible mirada hacia arriba para mejor trazar el camino a seguir observa en toda su rotunda magnificencia los dorados muslos de Basilia, torneadas columnas que terminan en un par de graciosos y respingones glúteos igualmente dorados que apenas están cubiertos por una fina tela blanca. La visión del estratégico tejido, más fuerte y opaco que el que apenas cubre sus nalgas, colocado entre los muslos de ella, con su parte anterior más abultada y la parte posterior introduciéndose entre sus redondas carnalidades, le hace perder momentáneamente el norte, y un pensamiento fugaz sobre los misterios y profundidad del alma femenina acude a su obnubilada mente. En alguna ocasión ha sorprendido a sus primas de Cáceres en braguitas y sujetador, mientras se preparan para hacer la siesta, vestidas sólo con tan exigüas prendas, pero ellas se suelen reír ante su azoramiento y él se retira dolorido. Y es que Silvestrín no termina de entender los diferentes sentimientos que le embargan cuando las observa vestidas con sus trajes de baño de dos piezas, algo que ve casi normal, y cuando, por el contrario, las vislumbra en transparente ropa interior, que su número uno multiplica su volumen considerablemente. Su confesor le ha dicho que lo primero es normal, pero que lo segundo es altamente inmoral, pero él no termina muy bien de aclararse, pues al fin y al cabo es sólo ropa en ambos casos.

Extraviado con estos pensamientos él no asciende, cuando nota que Basilia ya ha alcanzado con soltura el alféizar de la ventana, se sienta a horcajadas en él y alarga su mano para ayudar a Silvestrín. Para mejor ayudarse, éste le entrega el estuche de los termómetros, pero la nueva visión de la parte delantera de sus blancas braguitas está a punto de costarle un nuevo disgusto. Con el estuche en la mano, ella salta ágil al interior de la habitación y Silvestrín trepa raudo y gana también el interior del edificio. Ella le devuelve el estuche y comprueba, pegando el oído a la puerta, que nadie parece acercarse. El cuarto es una habitación pobremente decorada, con una cama, un armario y una mesa. Sin duda, su inquilino ha abierto la ventana para oírla, pues el olor a pies sudados es insoportable.

Ambos se interrogan con los ojos sobre el siguiente paso a dar. La sugerencia, emitida por señas, de Basilia de dirigirse al piso superior, es admitida por Silvestrín. Apenas la ve tomar el picaporte de la puerta, la agarra por el brazo y la atrae hacia sí. La muchacha se muestra sorprendida por este brusco gesto que pone sus caras frente a frente. Observa Silvestrín que el aterciopelado rostro de Basilia está perlado de minúsculas gotas de sudor que dan a su cara una pátina dorada, como si su piel fuera de oro viejo repulido, sin duda debido al esfuerzo físico realizado para trepar. Los frescos labios entreabiertos de Basilia son como la fruta fresca abierta recién cogida de un granado y Silvestrín tiene que hacer un esfuerzo para no comérselos a besos.

– Espera, es mejor que te pongas una sotana para mejor pasar desapercibida –dice con el corazón palpitante ante la perturbadora imagen de Basilia, ahora tan próxima.

Ella no puede estar más de acuerdo, pues su ropa blanca destacaría entre tanta sotana negra como una araña peluda sobre un plato de nata. Abren el armario y comprueban que hay dos sotanas colgadas en él. Una rápida ojeada permite comprobar que son de la talla adecuada y ayuda Silvestrín a abotonársela a Basilia. Al ver desaparecer su dorado cuerpo bajo la negra tela, Silvestrín casi se arrepiente de la idea, pero tiene que reconocer que ni bajo una sotana se pueden disimular sus deliciosos encantos femeninos. Las blancas zapatillas de ella destacan un poco, pero no demasiado. Un tubo con betún negro resuelve el problema, pues cuando extiende el negro emplasto sobre las zapatillas, el camuflaje es perfecto. Toma Basilia una amplia boina vasca que allí también hay y se la pone en la cabeza, intentando disimular su rubio cabello bajo ella. Coge también un breviario que hay encima de la mesa y ahora sí sale decidida al

pasillo, seguida sin demora por Silvestrín. En esta época del año no hay todavía clases, y no hay alumnos en los pasillos. Escuchan pasos al final del corredor y se aprestan a seguirlos.

Dos curas, uno ya mayor y de pelo blanco, y otro jovencito, van subiendo las escaleras en animada conversación. “Una ocasión histórica, don Cosme, se lo digo yo, permítame la confianza, un momento para la Historia con mayúscula”, escuchan decir al más joven de ellos. Basilia y Silvestrín les imitan, a prudente distancia, simulando hablar entre ellos. El ascenso por las escaleras continúa y cuando llegan al último piso los curas se internan por un pasillo oscuro. Dudan un instante, pero se dirigen a una habitación de la que provienen algunas voces. Les siguen Basilia y Silvestrín hasta que llegan a una habitación llena de curas vestidos con sotanas. Sus predecesores entran en ella sin dudarlo, y lo mismo hacen ellos, arrostrando el peligro de que sea reconocida su suplantación de personalidades clericales.

La habitación es amplia, con una enorme mesa en el centro, muchas sillas con respaldo de terciopelo rojo a su alrededor, muchas botellas de refrescos abiertas y abundancia de vasos. El amplio ventanal permite ver los mástiles y sus correspondientes banderas, con la vaticana sensiblemente mayor que las otras dos, nuevo motivo de disgusto para Silvestrín, pues no satisfechos con ponerla más alta que le enseña nacional, la ponen más grande. Los curas están distraídos en animadas conversaciones y es evidente que la reunión no ha comenzado a pesar de que son casi las cinco y diez. Basilia dirige una mirada de suficiencia a Silvestrín, como recordándole su comentario anterior sobre la falta de puntualidad. Uno de los curas lleva la sotana ribeteada de una cuerdecilla de color rosa, así como su solideo. Es el mismo tipo de ribete rosa sobre uniforme negro que hizo célebres a las famosas *Panzer Divisionen* de las *Waffen-SS*, cuyo buen hacer y dedicación en la defensa del Tercer Reich en en tierras de Francia, Polonia y Rusia todavía se recuerda con emoción contenida por los habitantes de aquellas regiones, vestimenta ésta que Silvestrín conoce bien, pues su padre colecciona fascículos de uniformes militares. Deduce Silvestrín que se trata del nuncio vaticano, por lo que respira tranquilo, pues sus termómetros no deben estar muy lejos. Busca con la mirada al panzudo cura Cinazo y comprueba que está en animada conversa con el nuncio Perkovic y que bajo su brazo conserva el hatillo con los termómetros. El representante del poder vaticano no parece muy satisfecho de lo que el cura gordo le transmite, pues

aunque sonríe complacido, no deja de mirar la asquerosa sotana del cura –llena de manchas de yeso y excrementos de paloma, y que debe exhalar un olor repugnante–, y el pañuelo cubierto de sangre con que el religioso ha intentado parar la hemorragia que el filo de la campana le ha producido.

Pero Cinazo le muestra los termómetros y la cara del nuncio cambia por un instante de expresión para sonreír, aunque pronto vuelve a hacer un gesto con la nariz, muestra inequívoca de que el cura huele fatal.

Basilia , cuya matemática mente analítica no descansa, comprueba que hay diecinueve sillas alrededor de la mesa, nueve a cada lado y una presidiendo, y que allí hay veintiuna sotanas contándoles a ellos, por lo que su impostura pronto va a quedar al descubierto si no hacen algo. Enfrente de cada silla y encima de la mesa hay una serie de documentos ciclostilados y bien colocados. Sin duda se trata del documento que van a discutir en esta curiosa asamblea y Basilia, siempre atenta al detalle, indica a Silvestrín que deben acercarse para poder leer al menos el título. Cuando ya están cerca pueden leer en grandes letras: “Plan Táctico Bíblico-Cavernícola de Reinterpretación de la Historia” y el sello ‘Scandalum magnatum’ en violento color rojo cruzando todo el título.

A la derecha de la habitación, justo detrás de la silla de la presidencia de la mesa, un grueso cortinaje oculta un posible espacio vacío. Con un gesto de la cabeza indica Basilia a Silvestrín que la siga. Hace ella un gesto de atarse los cordones de los zapatos, y así agachada se interna en la oscura habitación sin llamar la atención. La imita Silvestrín, y ambos se colocan detrás de una de las cortinas. El hueco, que debe ser utilizado como almacén, no tiene ventanas. Cada uno ocupa una de las rendijas del cortinaje para mejor ver lo que vaya a suceder y oír lo que allí se discuta.

Echa el apostólico nuncio una mirada a su alrededor y cuando comprueba que están todos, da unas sonoras palmadas que indican a los presentes que deben sentarse y que la reunión va a comenzar. Toman todos asiento con estruendo de sillas arrastradas y una vez sentados cesan enseguida los murmullos. Las palabras de bienvenida de uno de los curas da paso a la presentación del nuncio y a que se le conceda a éste la palabra.

– Quisiera empezar esta histórica reunión de la intelectualidad católica de esta región con una sentida declaración de intenciones – comienza diciendo el nuncio con voz engolada y gangosa y con un

perceptible acento extranjero— y transmitirles a todos ustedes los más íntimos pensamientos de Su Santidad el Papa, que es quién, en definitiva, ha animado y desarrollado el proyecto que aquí nos reúne con el vigor creativo y la ferrea determinación que caracterizan la la germanófila cultura del Santo Padre. —El nuncio toma aire ostensiblemente, pues sufre de vegetaciones además de tener hemorroides y halitosis—. Los denostados y materialistas tiempos modernos actuales y sus cambios drásticos me parece que han de disgustar profundamente a muchos españoles de bien, que no quieren sufrir que se introduzcan novedades que perturben la fe de sus mayores y las buenas costumbres de sus ancestros. Y no puedo negar que hacen muy bien en reprobarlas como sean en materia de la Religión, porque estableciéndola Cristo Nuestro Señor, no dejó qué añadir a los pobres hombres venideros. Salió de sus manos, o de su boca, obra perfectísima, habiendo enseñado a sus discípulos todo lo que debían saber, toda y aquella misma Doctrina, que se ha conservado, y permanece en su fiel Depositaria la Iglesia nuestra Madre, sin haber variado en el transcurso de tantos siglos. Hasta el modo de explicar los misterios de nuestra Fe predijo Jesucristo, según nos dio a entender San Pablo, prohibiendo a su discípulo Timoteo que usara nuevas profanas voces. Y así continuamos, en la actualidad bajo la sabia guía del Sumo Pontífice Pío XII.

Pero su propia mención del nombre del Papa Pío XII, desvía por un instante el discurso del nuncio, que no puede evitar abrir un paréntesis en su discurso para mejor glosar la altura de miras del romano pontífice. Añade el nuncio que a su acendrada erudición de corte germánico y a su profundo conocimiento teológico ha unido el Papa la suficiente habilidad política como para haber conseguido firmar concordatos muy ventajosos para la Iglesia de Roma, con estadistas de altura inmarcesible tales como el *Führer* Hitler, el *Duce* Mussolini y el Caudillo Franco, además del *Conducator* Antonescu y el ajedrezado croata Ante Pavelic —bien conocido del nuncio Perkovic, con quien compartió orgías de sangre en las zonas serbias de Yugoslavia—, todos ellos hombres de fe y acendradas virtudes cristianas, que no ahorraron, ni ahorran, aunque ahora sólo quedan nuestro Generalísimo Franco y el *doutor* Oliveira Salazar para hacerlo, como sigue diciendo el nuncio, esfuerzos en su titánica lucha contra el comunismo ateo. Estas referencias habrían llenado de orgullo hasta hace unas horas a Silvestrín, al que la presencia próxima de Basilia ha devuelto la cordura, pero ahora las detesta. Después de este emotivo

y fascista inciso, el nuncio continúa.

– Pero el ser desde su principio perfecta la ciencia sagrada es privilegio y especial prerrogativa suya, del que no gozan las demás actividades humanas –añade con lentitud.

Para mejor realzar el efecto dramático de lo que quiere decir a continuación, se detiene un instante.

– Queridos hermanos, amados compañeros en las elevadas tareas evangelizadoras –escuchan decir al nuncio–, nos encontramos reunidos en este emblemático edificio, faro de la ciencia católica que ilumina y ha de iluminar el mundo, en unos momentos de vital trascendencia para nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica, Apostólica Romana, en una encrucijada existencial. Las acechanzas a nuestra fe en Cristo son cada día mayores –añade levantando audíblemente la voz–. Los enemigos de nuestra doctrina no descansan y la situación se hace insostenible. Sin ir más lejos, hace apenas un mes la pérvida Unión Soviética, secuestradora del alma inmortal de Rusia, ha puesto en órbita un satélite artificial, hazaña incomprensible en un pueblo semisalvaje y asiático, que cada noventa y cinco minutos pasa sobre nuestras cabezas emitiendo su insultante bip-bip –dice el nuncio con perfecta onomatopeya.

Mientras él se detiene para controlar su excitación se escuchan murmullos de desaprobación. El nuncio Perkovic recuerda con un estremecimiento a la avanzadilla del III Ejército Ucraniano del mariscal Koniev que le capturó cerca de Budapest cuando ejercía su apostolado entre los húngaros descarriados, y las catorce veces que fue sodomizado por aquellos hombretones, experiencia inenarrable que cambió su vida, descubriendo a la vez lo que con mucha posterioridad se denominó “síndrome de Estocolmo” y los placeres del sadomasoquismo, actividad que ha venido practicando con asiduidad desde entonces con componentes sádico y masoquista muy bien equilibrados, el primero en las mazmorras del obispado y el segundo en “El loro azul y carmesí”.

– Lo llaman *Sputnik* –continúa diciendo–, lo que traducido a nuestro imperial idioma significa “compañero de viaje”, en triste recuerdo de todos aquellos que en su inconsciencia ayudaron a los comunistas a perpetrar sus crímenes para ser luego ellos mismos asesinados –los murmullos se repiten–. Pero no sólo eso, hace unos días colocaron un ser vivo en el espacio, una perra llamada “Laika” para demostrar que un ser vivo puede vivir en ausencia de la gravedad terrestre.

A la indignación del nuncio se une la de Silvestrín, que está harto

de oír a los comentaristas radiofónicos decir que en las naves espaciales que orbitan nuestro planeta hay ausencia de gravedad, como si la fuerza centrípeta de origen gravitatorio dejara de atraer al aparato hacia la Tierra. Es como pretender que la Luna se mueve en ausencia de gravedad, cuando es la propia gravedad terrestre la que la mantiene en su órbita cerrada. Esta confusión de conceptos físicos en el cura, por muy nuncio y cardenal que sea, irrita sobremanera a Silvestrín. Observa a Basilia para ver si ha reparado en el detalle técnico, pero ella sigue muy atenta el errático discurso del nuncio.

– ¡Esta alteración de las leyes de Dios y este estado de cosas son sencillamente intolerables! –grita irritado el nuncio–. Eso por no hablar de que los taimados comunistas ya disponen de cohetes intercontinentales capaces de alcanzar cualquier lugar del planeta. ¡Y nos consta que algunos de ellos apuntan a ese centro de la espiritualidad que es el Vaticano! –grita de nuevo y gesticulando–, blasfemia intolerable de esos ateos con impresionantes habilidades técnicas y grandes conocimientos matemáticos. Y para terminar de rematarlo, creemos que han conseguido construir una bomba de hidrógeno casi al mismo tiempo que los americanos, aunque en la autorizada opinión de nuestro Caudillo Franco, gran hombre de ciencia él mismo, las explosiones de esas bombas rusas son imitadas con grandes cantidades de dinamita, sin que haya peligro, por tanto, de que nos alcancen.

Esta confirmación por parte del nuncio de las habilidades del Caudillo como científico le parecen ahora sospechosas a Silvestrín, pues conoce las virtudes castrenses de Franco, entre las que no se incluye la lectura de textos de física.

– Por todo ello, ha llegado el momento de dar un paso firme adelante y empezar a desarrollar una ciencia cristiana que nos permita alcanzar, y sin duda pronto superar, a estos ateos, con la ayuda de Dios –sentencia el nuncio–. Para ello, hemos decidido empezar por España, ariete de la ciencia cristiana y occidental una vez más, cuyos hijos preclaros sabrán hacer frente primero y acabar después con las amenazas soviéticas del mismo modo que los héroes de la División Azul reconquistaron Jarkov, cuyas fértiles tierras ocuparon y siguen ocupando en la actualidad. –Este emocionado recuerdo del cementario español de Jarkov emociona a varios de los presentes, que se encontraban por entonces, vistiendo uniformes de la Wehrmacht hitleriana, asistiéndole espiritualmente a esos caídos y congelados españoles–. Y en esta ingente tarea que se abre ante nosotros, contamos con el apoyo de las mentes más preclaras de nuestro país, empezando por

los catedráticos de nuestras universidades, y con el apoyo de nuestras autoridades civiles y militares.

La inclusión de los catedráticos de universidad en los planes de la Iglesia para salvar al mundo no sorprende a Silvestrín, que sabe que la mayoría de ellos son buenos cristianos de comunión diaria. Y lo de las autoridades civiles y militares tampoco, pues todos ellos son católicos carpeto-vetónicos de bien.

– Este preciso plan, pergeñado por el equipo científico asesor del Santo Padre, asumido personalmente por él, bendecido por la curia cardenalicia y apoyado sin reservas por nuestra intelectualidad hasta en sus más pequeños detalles –continúa diciendo el nuncio–, va a comenzar a ponerse en marcha aquí mismo, en nuestra católica región montañesa, patria fecunda de cristianos de pro que han llevado la fe de Cristo allende nuestras montañas y que han evangelizado a uno y otro lado del Atlántico, desde la africana Guinea Ecuatorial hasta la americana Cuba. Evangelizadores de pro a su vez que ni dudaron en desarrollar su vena pedagógica para enseñar útiles oficios a los ociosos negros del África para que pudieran mejor desarrollar sus actividades profesionales en América, ni escatimaron sus ansias misioneras para que sus almas infieles no se perdieran para siempre.

Esta referencia al transporte de esclavos desde el continente africano hasta Cuba como si un curso de formación profesional se tratara, no ha sonado nada bien a Silvestrín. El nuncio sigue ponderando los indudables beneficios espirituales que se derivan de un proyecto de vida bien reglado –con desayunos, comidas y cenas a sus horas, vestidos los negros de forma sobria pero limpia y alojados en casas bien ventiladas– en pleno contacto con la naturaleza –recolectando entre alegres cánticos de melancólico son el tabaco y la caña de azúcar en amable compañía de sus colegas– y disfrutando de la tarde del domingo para el semanal cumplimiento de sus obligaciones religiosas.

– Hoy día debemos renovarnos y poner toda esta avalancha fecunda de fe al servicio de la Iglesia y llevar un nuevo proyecto de vida a nuestros conciudadanos del mismo modo que ayer lo hicimos con los negros africanos –añade el nuncio–. Y para empezar, no hay tarea más urgente que reivindicar las sagradas escrituras que nos fueron reveladas por el mismo dios y por Jesucristo, su hijo. Estas sagradas escrituras que está siendo puestas en duda por aquellos poco rigurosos estudiosos y falsos eruditos que pretenden que el ser humano ha aparecido como tal sobre la faz de la Tierra antes de que

nuestro señor así lo dispusiera. Falsos científicos –continúa gritando–, que pretenden que las indudables muestra de arte humano de la cueva de Altamira fueron llevadas a cabo hace unos quince mil años, cuando ni Adán ni Eva existían aún. Si el obispo Berkeley calculó que el mundo fue creado hace ... –y el nuncio hace algunas cuentas mentales–, cuatro mil ochocientos veintisiete años, un martes por la mañana, no hay razones para hablar de dibujos con más de el triple de años.

Silvestrín mira a Basilia, que casi no puede aguantarse la risa. A Silvestrín le parece que el nuncio está empezando a delirar, pues el pobre don Marcelino Sainz de Sautuola murió casi de melancolía poco antes de que sus colegas demostraran, sin ningún género de dudas, la exacta antigüedad de esas pinturas, contemporáneas de otras similares localizadas en Francia y cuya datación por el contenido en carbono 14 de la grasa animal con la que fueron confeccionadas los colores de las pinturas no ofrece ninguna duda.

– Debemos vindicar estas peligrosas herejías y para ello nada mejor que proceder a readaptar el verdadero sentido de esas pinturas a su intención original, que no era otra que honrar a las criaturas de dios citadas en la Biblia por parte de los sencillos pastores protocristianos habitantes de estas tierras y dotados de un alto sentido artístico –continúa diciendo un nuncio cada vez más exaltado–. En esta tarea de mostrar el correcto significado de esas pinturas, vamos a ser ayudados por verdaderos científicos católicos, hombres de ciencia que no se avergüenzan de alabar los prodigios divinos a despecho de intolerantes materialistas ateos que se creen poseídos con el monopolio de la verdad científica, cuando sólo la verdad revelada en la Biblia nos da a nosotros dicho monopolio. Entre otros hombres de ciencia cristianos se encuentra en lugar destacado don Santiago Londrino, catedrático de física de nuestra universidad que nos ha cedido amablemente diverso instrumental científico, especialmente unos imprescindibles termómetros, y ha diseñado todo el procedimiento a seguir en su parte física.

Al escuchar el nombre de su mentor científico así referido, Silvestrín siente como si le hubieran dado una puñalada en pleno plexo solar. Siente que se ahoga, que la sangre se le va aorta afuera. Basilia, ajena a estos íntimos dolores, permanece atenta a las palabras del nuncio.

– Pero antes de continuar –dice el nuncio con solemnidad–, me gustaría abrir ahora un turno de intervenciones orales, procedimiento

de-mo-crá-ti-co –añade arrastrando las sílabas– al que como alto magistrado de la Iglesia ungido directamente por el altísimo no tengo ninguna obligación de someterme, pero –añade displicente– que puede resultarnos útil a la hora de perfilar los detalles más sutiles de este plan. Como ya habéis tenido tiempo de hojear el Plan Táctico presentado, quiero conocer vuestras impresiones personales. Para mejor ordenar la discusión, iremos del oriente al occidente de nuestra provincia. ¿Qué tienes que decir a este plan, Agapito?

Uno de los curas, chaparro y protuberante, se mueve inquieto en su silla al sentirse aludido, pues nunca antes una autoridad eclesiástica ha solicitado su opinión. Carraspea y se decide a hablar cuando el nuncio le señala el reloj, indicándole que no tienen toda la tarde.

– Hablando en mi doble condición de cura párroco titular de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción y de estudiante de primer curso de Historia en nuestra universidad, no puedo dejar de destacar la inteligencia vertida por todos aquellos, especialmente el Santo Padre, que han intervenido en la elaboración de este plan –dice el citado Agapito con voz gangosa–. Esta idea de rectificar la historia es sencillamente genial, algo que antes sólo los marxistas irredentos se habían atrevido a soñar y que ahora, con la ayuda de la divina providencia, las huestes católicas vamos a conseguir en todo su esplendor. Las cuevas de Cullalvera y Covalanas serán, así lo espero, dignamente redecoradas, atrayendo a los turistas cristianos que nuestra región tanto necesita para un desarrollo en armonía con la naturaleza.

Ha poco enterado del plan del nuncio, Agapito Páusico, un tragaldabas impenitente, ha empezado a comprar algunas tierras cerca de las citadas cuevas y espera poder explotar pronto un restaurante de comida típica de la región a medias con su cuñado. Ya se relame de pensar en los buenos dineritos que la cristiana rectificación de la historia le va a reportar a él. El nuncio da las gracias a Agapito por su sobria intervención y señala con la barbilla al siguiente cura.

– Como párroco titular que soy de la noble villa de Laredo, y también de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción –dice el cura mirando retador a Agapito, pues ambos párrocos mantienen una pugna por los nombres de sus iglesias desde hace años–, sólo puedo decir que me pongo a las órdenes del señor obispo para lo que guste ordenar. Y como me llamo Bartolo, que si hay que rectificar se rectifica, la historia y lo que haga falta, que si ganamos la Cruzada lo más difícil está hecho –concluye el cura mientras con el puño derecho golpea con furia la palma de la mano izquierda.

Los otros curas hacen un gesto como de alejarse, pues Bartolo, actual Jefe Local de Falange en la vecina villa de Santoña, fue capellán castrense de un tercio de requetés antes de, como él mismo dice a quién tiene la desgracia de tener que escucharle, encontrar la fe de Jesús en la camisa azul de Jose Antonio.

La atmósfera de la reunión ha quedado un poco tensa después de la sentida intervención de Bojo, bien conocido por aplicar castigos físicos a ciertos sacerdotes imprudentes que se autodenominan curas obreros en los barrios proletarios de Maliaño y Astillero, y el nuncio da la palabra al siguiente cura, Federico Leiforme, o Fede, como el propio nuncio le ha apocopado.

– Cho, la verdá, tó esto lo veo mu complicaio, mu complicaio, pa que voi a decir otra coisa –dice el tal Fede encogiéndose de hombros–. En Torrelvega estas cosas las solucionamos como hombres, por la derecha, a hostia limpia –dice el tal Fede subiendo y bajando el canto de su mano derecha y ante el asombro de algunos de sus compañeros de apostolado que no están al tanto de su trato directo y dicharachero–. Pa mi que lo más sencillo va a ser borrar tos los dibujitos esos de toas las cuevas, pos ahí en la cueva de Hornos que si grupos misteriensens, que si soslutrensens, que si magdaloniensens y demás palabros sobre tipos precatólicos, que muerto el perro se acabó la raiba, hombre, y santas pascuas.

Un murmullo de desaprobación recorre la sala ante los excesos expositivos del ágrafo malhablado. El tal Fede se limita a encogerse de hombros. De mediana estatura, flaco y calvo, unas finas gafas le proporcionan un aire de intelectual que brusco desaparece en cuanto abre su boca y se pone a despotricar. Prototipo del cura palurdo y jocundo que con gran abundancia produce la región, hijo natural de un aristócrata con tierras en Valderredible, se unió a la Cruzada en los primeros días del alzamiento, demostrando tener una puntería digna de encomio. Su padre, obispo emérito de Coria y marqués de Polientes, le consiguió el puesto de párroco de Torrelavega. El cura de Santillana, que tiene un restaurante cerca de la cueva de Altamira protesta furiosamente ante semejante drástica solución. Bien está que tenga que cambiar el nombre del local, ahora llamado ‘El bisonte montañés’, por otro menos exótico, como el de ‘El cornúpeta montañés’, pero de ahí a cerrarlo, ¡vamos!

El nuncio empieza a impacientarse, pues el tiempo pasa y estos calamidades no son capaces de aportar una idea. Toma entonces la palabra Fernando Decaetro, cronista oficial de la villa de Puente

Viesgo y párroco titular.

– Yo, como hijo del pueblo y párroco de la parroquia de San Román de Puente Viesgo, no puedo por menos que apoyar con todas mis fuerzas este magnífico plan para redecorar estos monumentos prehistóricos a mayor gloria de las sagradas escrituras –dice con sentimiento contenido Decaetro–. Y es que yo siempre he dicho que en las cuevas del Castillo hay mucha pared y poco dibujo, que es un desperdicio. Yo mismo, en mi triple condición de cronista municipal homologado y diplomado en arte rupestre por la universidad internacional Marcelino Menéndez Pidal, he estado tentado en varias ocasiones de ponerme manos a la obra, pero por una cosa o por otra, no lo he hecho. Veo en este plan pontifical la ayuda celestial que nos va a permitir mostrar en todo su esplendor el interior de nuestras oquedades.

El nuncio está a punto de mesarse los cabellos y sin que tenga que darle entrada, otro cura comienza a hablar.

– Lo que yo digo es que rectificar la Historia está muy bien, pero erradicar la indecencia es prioritario. –El nuncio suspira desesperado, pues sabe que lo que viene a continuación es el discurso favorito de Romualdo Bladillo, cura párroco de Reinosa–. Demoler se debe antes la Colegiata de Cervatos, que será una joya del románico y lo que se quiera, pero que es una auténtica guarrada, con esas mujeres abiertas de piernas y mostrando sus vergüenzas y esos tíos marranos con sus penes minúsculos al aire, que da grima verlos. Eso primero y luego vendérsela por un buen precio a los americanos que son ricos y, total, como ya están condenados al infierno les va a dar igual.

El cura de Reinosa concluye mohíno su intervención. El nuncio mueve la cabeza incrédulo y vuelve a suspirar. Sospecha con fundamento que los últimos ataques a la iglesia de Cervatos, que se han traducido en algunas figuras copulantes a contranatura destrozadas con un martillo, son obra del cura Bladillo, cuyo coche, un Seat seiscientos amarillo, es inconfundible y ha sido visto por allí llevando con una escalera en el techo. Pero prefiere no investigar, pues Bladillo tiene mucha mano con don Onofre, pues no en vano compartieron casas de lenocinio durante la Cruzada y la batalla contra la gonorrea une mucho a las personas.

El cura de Cabezón, Tomás Arasa, levanta la mano para pedir la palabra y culebrea con mucho amaneramiento.

– Yo, si he de ser sincero, completamente sincero y tal, veo en este magnífico plan la mano del Señor mostrándonos por mediación del

Santo padre el camino de la perfección cristiana y del advenimiento del nuevo Jerusalem –dice con voz empalagosa–. Estoy seguro de que el excelentísimo nuncio que aquí nos preside y el ausente obispo que nos gobierna serán guiados por la divina providencia a fin de llevar a buen puerto este plan perfecto en su concepción y, estoy seguro de ellos, milimétrico en su ejecución.

El nuncio prefiere ignorar esta intervención, pues sabe que el pelotilleo descarado es la forma que tiene el tal Tomás de hacerle saber que está presto a mantener relaciones sexuales con el nuncio. Ambos fueron amantes una temporada, antes de que Arasa perdiese su rubio cabello y echase barriga. El valle de Liébana tiene ahora mucho más interés para el nuncio, pues hay una camada de jóvenes párrocos muy prometedora. Entregado a estos nobles pensamientos, el nuncio no se ha dado cuenta de que el párroco de San Vicente ha tomado la palabra. A don Bautista Bardillo el Alzamiento le sorprendió en Barcelona y fue capturado por anarquistas del batallón El Noi del Sucre. De esta experiencia prefiere no hablar, pero la combinación de colores rojo y negro le hace echar espuma por la boca, por lo que cada vez que ve la bandera de Falange está a punto de darle un tabardillo.

– Si no fuera porque yo mismo he asistido a la espontánea exposición de los ilustres colegas que me han precedido en el uso de la palabra, diría que sus manifestaciones han sido dictadas por la mismísima gracia santificante, excepción hecha del cazurro de Fede, que es más bruto que un arado de vertedera, dicho sea sin ánimo de señalar ni de faltar a nadie –dice don Bautista–. Los que como yo hemos tenido ocasión de ejercer nuestro sagrado magisterio a la sombra benevolente del inquisidor Corro, cuya figura yacente nos recuerda que no por mucho leer aprende uno más y que la ciencia infusa lo es todo, sabemos el alto valor espiritual que tiene conseguir que los otros rectifiquen bajo nuestros sabios consejos. Y si ya nos hemos entrenado en rectificar anarquistas irredentos, ¿cómo no saludar alborozado esta magna obra de rectificar la Historia, así con mayúsculas, y pregonar de este modo las bellezas intrínsecas de la Biblia?

El cura de San Vicente, informador de la policía social, suele utilizar la casa del Inquisidor, cuyos gruesos muros aseguran el oportuno grado de intimidad, para rectificar sindicalistas díscolos, llegando a rectificar a algunos anarquistas previamente rectificadas.

El nuncio indica que va a cerrar el turno de intervenciones, poco

productivo en su opinión, cuando el cura de Potes, don Luis Ponce Porro, empieza su intervención.

– Y digo yo que ya puestos manos a la obra, se podrían decorar algunas cuevas del valle de Liébana, que bien necesitados estamos de un turismo de calidad, que con tanto mochilero muerto de hambre no damos ni un cocido lebaniego a la semana, que todo se lo llevan los pescados a la plancha de San Vicente.

Don Ceporro, como le llama la minoría clandestina de la parroquia, quiere un turismo de calidad, por lo que no ha dudado en encarcelar en la Torre del Infantado a más de una turista extranjera que vistiendo una camiseta y pantaloncitos cortos ha alborotado a toda la parte masculina de su parroquia.

Descorazonado por la pobreza intelectual y la debilidad argumentativa de su grey, prueba evidente de que la democracia no sirve para nada, el nuncio suspira.

– Ya que estamos todos más o menos de acuerdo en la filosofía básica que anima este plan, el procedimiento a seguir es el siguiente –anuncia el cardenal Perkovic ante el espectador auditorio curil–. Primero redibujaremos todas las figuras de la cueva de Altamira para que los animales allí dibujados lo sean conforme a las descripciones de la Biblia, por lo que los supuestos bisontes, un animal que no viene descrito en ella de ninguna manera, serán sustituidos por exactas vacas y cabras mediante cambios mínimos pero precisos, sin duda la verdadera intensión de aquellos pastores que decoraron esta capilla Sixtina del arte rupestre. Para ello ya han sido preparados una serie de pigmentos originales a base de limonita y hematíes mezclados con grasa de vaca, así como abundante carbón vegetal para los trazos negros. Pero, y aquí viene lo más importante –dice lentamente el nuncio–, para que esta ayuda a la ciencia verdadera no sea puesta en tela de juicio por científicos malintencionados y picajosos, es necesario que los pigmentos recién aplicados sean sometidos a un tratamiento térmico muy preciso que los fije y les proporcione una pátina semejante a la de los antiguos.

Entiende Silvestrín que ésta es la principal contribución de un termólogo como don Santiago a tan maquiavélico plan.

– Para ello, y durante una noche entera, las nuevas pinturas deberán ser sometidas a un tratamiento de alta temperatura, exactamente setenta y seis grados centígrados en preciso cálculo de don Santiago, sin que pueda oscilar más de un grado arriba o abajo, por lo que necesitaremos los termómetros que el padre Cinazo nos trae

de parte de don Santiago. Las estufas de butano, a quinientas cincuenta pesetas cada una, sin contar la bombona, y última tecnología en materia de calefacción, ya están preparadas para ese importante cometido.

Observa Silvestrín cómo el citado padre Cinazo muestra los cuatro termómetros que todavía lleva consigo. Aparta a un lado el termómetro diferencial y muestra los otros tres con aire de triunfo. El resto de los curas observan con preocupación el sangriento atavío que el citado Cinazo lleva sobre su cabeza.

– Este delicado y preciso proceso de redecoración –añade el nuncio– será aplicado posteriormente en cada una de las cuevas de nuestra región y más adelante en todas las de España, hasta convencer a todos los científicos de que la cronología bíblica y la que las cuevas prehistóricas nos aportan son conformes, al menos en esta bendita tierra puesta bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús.

Los murmullos se extienden y los clérigos asienten, encantados con tan astuto plan para ayudar a la naturaleza a mejor manifestar las obras del señor. Estas mínimas manipulaciones serán saludadas por las generaciones futuras, que agradecerán este aporte español a la ciencia mundial, hito mayor de la inventiva nacional desde la adopción del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

– No hay tiempo que perder. Las pinturas deben ser acabadas antes de las ocho de esta noche y posteriormente debemos proceder a su calentamiento para fijar los pigmentos a la roca. Este experimento nos permitirá evaluar la viabilidad del plan y los posibles ajustes a introducir en futuras cuevas –concluye el nuncio.

El padre Cinazo coge los tres termómetros de máxima y mínima, los ata de nuevo en el trapo, y deja el termómetro diferencial sobre la mesa. Los curas se levantan y vuelven a charlar entre ellos, mientras que el cura se lanza hacia la puerta dispuesto a llegar a Altamira lo antes posible, pues los plazos de tiempo vuelan. Aprovechando la confusión que se ha generado cuando los curas se han puesto de nuevo en pie y comentan entre tragos de refrescos lo hábil del plan, abandonan Silvestrín y Basilia su escondrijo y se lanzan sin pensarlo tras él. Con habilidad extraordinaria distrae Silvestrín el termómetro diferencial que ha quedado olvidado sobre la mesa sin que nadie observe su maniobra. Algunos curas reparan en la boina de Basilia, pero como más de uno oculta su calva con tan práctica prenda, siguen charlando como si tal. Con alegre despreocupación, algunos curas van sacando de los bolsillos de sus sotanas unas petacas plateadas cuyo contenido

vierten en los vasos con refresco y beben ávidos, compartiendo con algunos colegas menos precavidos los que deben ser deliciosos elixires, tal es la avidez con que los degustan.

Bajan Basilia y Silvestrín las escaleras a la carrera tras Cinazo justo para oírle decir al llegar a la puerta de entrada: “Misión urgente y oficial en Altamira”, lo que hace que el portero le abra la puerta. Sin que haya conseguido cerrarla, le lanzan la misma frase al portero, que, aunque extrañado, se la abre también.

Mientras ven cómo maniobra su automóvil el poco previsor cura Cinazo para acceder a la rampa de salida, dando un sonoro golpe al mercedes negro del nuncio y dejándole un bollo en la puerta del acompañante, Basilia se remanga la sotana y corre, seguida de un renqueante Silvestrín, hasta su propio coche, oportunamente colocado para iniciar una rápida salida y una veloz persecución. Descienden vertiginosos las curvas del descenso, siguiendo a un Cinazo que hace rechinar los neumáticos en cada curva. A la salida, cruzan de nuevo bajo el arco de ladrillo y siguen al coche del cura, que ha girado a la izquierda sin mirar, y se lanzan tras él.